

# Calendario de los temporeros andaluces

EL proletariado andaluz sabe que si no echa a andar como limosnero del trabajo, se queda parado. Si las cifras sobre el paro en Andalucía no son más altas —no sobrepasan los 300.000 parados—, es porque los trabajos de temporada, con importantes movilizaciones de obreros hacia otras regiones españolas, hacia Francia o dentro de la misma Andalucía, frenan esos índices de desempleo de por sí alarmantes. Si los pueblos del Sur no se han quedado desérticos, si de un tiempo a esta parte se ha podido contar en los medios rurales con unos ingresos mínimos para poder subsistir, ha sido a costa de estos trasvases de mano de obra, que, en determinadas ocasiones, se rigen por libres mercados de mano de obra. El temporero andaluz tiene un apretado calendario laboral que cubrir si quiere obtener unos ingresos. Su almanaque está marcado en negro, sin números rojos de fiesta, sin paréntesis de vacaciones. Una especie de calendario internacional para la recolección de frutos y para aquellos trabajos duros y difíciles que nadie quiere realizar.

En verano, además de los temporeros del campo, que hacen la siega en Andalucía, recogen la fruta del Pirineo catalán y de Francia, otro importante contingente de trabajadores, en su mayoría jóvenes, se trasladan a la Costa del Sol, Costa Brava y Palma de Mallorca para enrolarse en los distintos oficios de la hostelería. El otoño es la estación más intensa para el temporero. Durante este tiempo, el

andaluz vendimia en Francia, en su propia región, en la Mancha (40.000 andaluces se trasladaron el otoño pasado a esta vendimia) y Aragón. Después sigue el algodón, para llegar al invierno con "las manos calientes" para recoger la aceituna cuando más frío hace por los campos de Jaén, Córdoba, Sevilla y Granada. La movilización de mano de obra más típica de la primavera dentro del trabajo de temporada es el corte de la caña de azúcar, la zafra, en el litoral granadino y malagueño.

Los trabajos de temporada alcanzan también a los sectores de

poreros de la aceituna de Jaén, los peor pagados, como los vendimiadores de Manzanares o Tomelloso, trabajan por 425 pesetas. Si algunos obtienen un mayor beneficio es a costa del inhumano destajo. Por poco más dinero se van al Norte o se sacan su pasaporte para cruzar la frontera francesa.

Salvo en los casos de Francia y algunos del Norte, en la mayoría de las zonas, el andaluz se coloca sin contrato de trabajo, totalmente al descubierto. Para el temporero no hay ni pagas extras, ni vacaciones, ni plus familiar, ni Seguridad Social. Es frecuente decir a estos

abismales entre unas zonas y otras. Estas diferencias sustanciales vienen marcadas por el mayor o menor nivel de concienciación del proletariado. Así, mientras en el marco de Jerez y en algunas comarcas de la campiña sevillana y cordobesa los sueldos base en el campo (para temporeros de la vendimia y la remolacha) llega a sobrepasar las 800 pesetas diarias, con otra serie de mejoras, como plus de distancia, en otras comarcas y en provincias enteras (las cuatro de Andalucía Oriental, además de Córdoba) los salarios no sobrepasan los mínimos establecidos.

Esto nos viene a indicar que los años de lucha en Jerez y Lebrija, por citar dos pueblos de los que más han avanzado en sus reivindicaciones, han servido para ir escalando mejoras. En los campos de Jaén y Granada, sobre todo, con un campesinado más sumiso y con una población de temporeros campesinos más elevada que en otras provincias, no se ha conseguido más que obtener los salarios base. Son precisamente estos temporeros, los menos conocedores de sus derechos, indefensos ante cualquier injusticia, los que forman esas masas trabajadoras que deambulan continuamente de una campaña a otra. Estos no solamente se desplazan fuera de su región, donde a veces encuentran la posibilidad de percibir un mayor salario, sino que son también los mismos que se mueven dentro de la propia región, los que todavía cortan la caña de azúcar, que es un trabajo agotador; los que arrancan

## Antonio Ramos Espejo

la construcción y la pesca. Es frecuente la salida de expediciones de andaluces para realizar obras por un mes o un semestre en Cataluña o en el País Vasco, o allá donde se construya un pantano. Por su parte, los pescadores se ven también obligados a emplearse por temporada en los puertos de Levante, en Barcelona, o en Bilbao.

### MANO DE OBRA BARATA

El temporero andaluz, sin más armas que sus manos para recoger lo que le echen, se desplaza hacia los mercados de trabajo con la "garantía" de ser la mano de obra más barata de España y de Europa. La mayoría de las veces lo hacen por salarios base, cuando se trata de campañas dentro de la propia región o en la Mancha. Los tem-

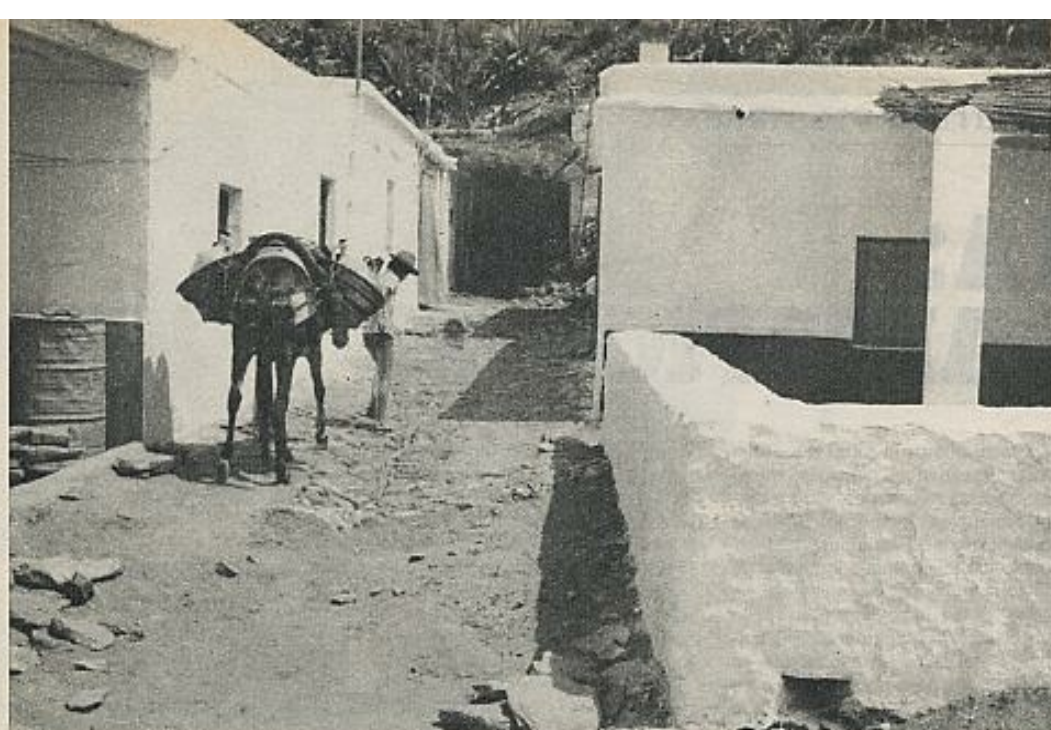
trabajadores en el campo de Jaén, por ejemplo: "Todavía no sabemos cuánto pagarán. Hasta que no se recoja toda..." o "Al final, lo que el amo diga", o "Dicen que este año pagarán algo más que las bases". El día que llueve y no se trabaja no se cobra. Cuando los trabajadores se desplazan de unos pueblos, provincias o regiones a otros, se les alberga, hacinados, en casas o cortijos en malas condiciones. En estos casos la comida corre a cargo del empresario, aunque hay zonas en las que esta mejora todavía no se ha conseguido.

### DIFERENCIAS EN EL CAMPESINO ANDALUZ

Dentro del mismo campesino andaluz, por insistir en el sector que mayor contingente de temporeros arroja, hay diferencias



Como los trabajadores andaluces de construcción y el campo, también los pescadores andaluces pasan largas temporadas fuera de sus puertos, en Valencia, Barcelona o Bilbao.



El temporero andaluz, sin más armas que sus manos para recoger lo que le echen, se desplaza hacia mercados de trabajo más o menos lejanos con la "garantía" de ser la mano de obra más barata.

la mata de garbanzos y los que, cuando no hay otra cosa, se echan al monte a coger esparto, alcarparras o espárragos trigueros.

#### LA VIDA DE UN TEMPORERO

De los muchos ejemplos vivientes que hemos conocido en los campos de trabajo para hombres de Andalucía, el de Rafael Palma Pérez, trabajador de Aguilar de la Frontera (Córdoba), como uno de los 40.000 andaluces que cortan la uva manchega, nos ofrece una situación-tipo de lo que es el calendario de un temporero del Sur. A Rafael me lo tropecé en un banco

de la estación de Manzanares. Había terminado la campaña y regresaba a su pueblo. Su sencillo equipaje, colchón y talega, denunciaba escandalosamente su condición de temporero. Su aspecto era el de un hombre hecho cisco a sus cincuenta años. La mirada baja. Las manos en los bolsillos. Rafael se pasa la vida esperando trenes que lo lleven al trabajo o lo devuelvan a Aguilar de la Frontera a reponer sueño por unos días. Detrás de una campaña, otra. La uva, el algodón, la manzana. Rafael no conoce lo que es un trabajo fijo, a excepción de aquellos años que pasaba en un cortijo andaluz, cuando era

zagal y aprendía a guardar animales. Pero aquello no era un trabajo fijo, sino un estar sujeto a la tierra.

Los viajeros que llegan a las estaciones, ajenos a estos fenómenos sociales, se echan las manos a la cabeza y ponen hasta gestos de malhumor y todo —¡Andalucía, Andalucía...!— porque hombres, mujeres y niños inundan las salas de espera con los equipajes propios del jornalero. Rafael decía que estaba acostumbrado a viajar en trenes de segunda, a dormir en las estaciones y a que se le mire con ojos de no buen agrado.

—Pero esto es lo que tenemos y

con esto viajamos, ¿sabe usted? Porque si no se echa uno el colchón, no hay más que suelo para dormir.

—¿Cuántos días ha vendimiado?

—Este año me han engañado. He reclamado en el Sindicato. Pero, lo que pasa, que como no hay papeleo y las bases son las bases... Me dijeron que me contrataban por veinte días, pero por ser tan buenos trabajadores, hemos hecho toda la faena en diez y hemos cobrado solamente los diez días.

—¿Y los otros días?

—Como ya no había uva, no se pagan. Tampoco se pueden reclamar, porque no tenemos contrato.

—¿Vuelve a hora al pueblo?

—Claro, unos días, para engancharme después con la vendimia de Logroño, que es la más dura, con mucho frío y lluvia. Y eso para las manos...

—Las manos las tendrá...

—Mírelas, como el hierro. Pero aun así...

—¿Así pasa el año, de un lado para otro?

—Me muevo de unas campañas a otras. Cuando escasean las de nuestra tierra, me voy por otros sitios.

—¿Después de la vendimia de Logroño?

—Ya hago tiempo para pillar lo que quede del algodón en Córdoba, y después, en la rebusca del algodón. Después me voy a la aceituna, y cuando acabo me vengo para trabajar en la construcción, en Aguilar, y aquí sigo hasta la arrancá de los garbanzos.

—¿Por qué no sigue en la construcción?

—Si me quedara en la construcción, pasaría hasta cinco o seis meses parado, como los trabajadores de mi pueblo, y los de Montilla, Bujalance, Montemayor, Doña María. Porque, ¿sabe usted lo que pasa? Que las empresas, cuando ven que tienen que darte de alta te echan.

—¿Cómo es su vida, Rafael?

—Ya se la estoy contando, de un sitio para otro. De trabajo... nada más que de trabajo.

—¿No piensa que podrá cambiar su situación?

—Yo soy de los que no piensan en las quinielas. A mis cincuenta años, ¿qué cree usted que puede pasar para que yo pueda trabajar tranquilamente en mi pueblo?

—Que haya trabajo en Andalucía y algunas cosas más.

Pero aquel hombre no entendía más que de fechas, de trenes, de trabajo a salto de mata. Su calendario laboral es tan intenso y variado, que apenas si le queda tiempo para contemplarse a sí mismo y pensar en esa letrilla tan sencilla e importante de Manuel Gerena:

*"Jornalero, jornalero levanta la frente y mira cómo viven a costa de tus fatigas".*

A. R. E.